

OBSTACULOS A LA CURACION

El proyecto del Señor es sanar; no hay situación en la que El no pueda intervenir. Sin embargo, al acercarnos a personas heridas, frecuentemente, nos interrogamos por qué no somos testigos de tantas sanaciones como esperábamos. ¿Qué es lo que impide a tantas personas recibir la plenitud de su sanación? Podemos proponer esquemáticamente diez conjuntos de obstáculos de la sanación:

Las disposiciones interiores perjudiciales frente a la sanación:

La sanación es un misterio de Dios. El tiene su plan de salvación para cada uno. Esto no impide que sigamos orando con fe y constancia. La sanación está especialmente en decir sí a Dios. La oración hecha con fe, en unión con Cristo, en su nombre siempre es oída.

La falta de fe: Es el primer obstáculo y el que representa la barrera más difícil de derribar. Se trata de tener fe en el poder y el amor del Señor para mí. Creemos que los demás si pueden ser curados, pero nosotros. Dios respeta nuestra psicología, cada uno es curado conforme a su personalidad. El no quiere desgarrarnos ni violentarnos, sino sanarnos. Cuando la persona no responde o vacila en responder a la pregunta ¿tú crees que Dios puede sanarte? , lo más recomendable es orar por su fe: que el Señor le de la gracia de la fe, se la fortalezca; le de el deseo de sanar y el creer que Dios lo puede hacer según su voluntad.

El temor: Este temor es el mejor bramante que tiene el enemigo para mantenernos en esclavitud, para impedirnos sanar. Miedo al cambio, miedo a tomar decisiones, **miedo de una nueva identidad, miedo de la verdad, miedo de no ser amado si ya no estoy enfermo.**

La duda o falta de confianza en el Señor: Toda sanación es un itinerario en el que el Señor nos enseña a caminar en confianza, en abandono a El, lo cual no excluye nuestra cooperación. Nuestra fe está en Jesucristo, no en la manera y el método de orar, ni en las personas por más usadas que sean por Jesús. El tiene más interés que nosotros mismos y el resultado está en sus manos poderosas y compasivas.

Falta de deseo de sanar y de decisión para entregarse a Dios: ¿Qué quieres que haga por ti? Trata de provocar discretamente la fe, de escrutar el deseo. Pero va más allá de este objetivo: Quiere cerciorarse de la actitud respecto de su don. El nos trata como a hijos a quienes ha dotado de libertad para aceptar o rehusar. Hay quienes han deseado la sanación pero no se han decidido a hacer opción por Jesucristo. Optar por Jesucristo, como Salvador y Señor en la propia vida es el objetivo fundamental de toda sanación. Dejarle hacer la curación en mí, es permitirle manejarme, invadir con su gracia y con su amor todo mi ser; dejarle que, en verdad, sea el centro de mi existencia.

Quedarse en lo externo: Para Jesús las curaciones de enfermos son un signo de la salvación que Dios reserva a los hombres, pero existe el peligro de que los hombres se queden solo en lo externo y aspiren únicamente a verse libres de sus necesidades terrenas, sin ahondar en el sentido profundo del hecho y la interpretación de los fines salvíficos de Dios. Las curaciones deben ser vistas como servicio de evangelización, sin embargo hay que guardarse de explotarlas, hay que ver en ellas un acto soberano de Dios que devuelve la persona a su salud. Pero, hay en ellas un aspecto importante: representan una llamada de la misericordia de Dios a emprender una vida cristiana plena, vivida en medio de una

comunidad que tiende a manifestar su amor y dar su apoyo y servicio a sus hermanos. Quedarnos en lo exterior es no valorar lo que es más importante para Dios y a lo que se orienta la curación. Por eso cobra importancia especial la preparación interior de las personas que buscan curación y la purificación de sus intenciones, a través de una catequesis adecuada.

La falta de lealtad con nosotros mismos y con el Señor: Tenemos cierta propensión a esconder nuestra verdadera realidad cuando ésta es negativa. Tenemos una gran habilidad para disfrazarnos, para colocarnos una careta ante el rostro y pretendemos que se nos reconozca por lo que aparecemos, no por lo que en realidad somos. Los que oran por nosotros, tienden, es lógico, a fiarse de nuestra información. Pero Dios, que penetra en lo íntimo de nuestros corazones, es inaccesible a nuestras pretensiones. Lo peor de esta actitud es que estamos poniendo un obstáculo insuperable a la curación que pretendemos se nos conceda. Acercarse a la curación supone al menos cierta humildad y lealtad: reconocer nuestra situación, aunque nos cueste admitirla. Por eso el diálogo que precede a la oración, debe desarrollarse en confianza, respeto y apertura.

Las ideas sobre la sanación.

Muchas personas tienen como obstáculo intelectualizar la sanación y existen verdaderas dificultades sobre la idea misma de la sanación:

El sufrimiento. Si hablamos de ``sufrimiento redentor``, hablamos de un misterio de Dios que invita a las personas a consentir en la construcción del reino de una manera particular, en un sufrimiento que da frutos espirituales. Sin embargo, se puede decir que muchas personas se apegan a un falso valor del sufrimiento y éste será antes que nada, una cosa que va a destruir la persona. En el fondo, ellos mismos inconscientemente, se sienten culpables de pedir esta sanación. La culpabilidad los bloquea. El Señor no nos abrumba con una carga que no podemos llevar, hay en esto una falsa imagen de Dios, una falsa relación con El.

Obsesión por la sanación. Ciertas personas tienen una verdadera obsesión por sanar, su única relación con Dios va a ser: Señor sáname. Buscan al Señor no por su amor, sino únicamente porque El sana. Otra posibilidad es que yo busco la sanación para mí, olvidándome que es un don gratuito del Señor y por él me llama también a servirle, a dar testimonio.

Atribuir a una persona la curación. ``Si no ora por mí tal persona...yo no recibiré la sanación``. Es Jesús y sólo El, en su amor y en su poder el que sana. Quitarle lo que le pertenece es ir contra algo que le es propio. El Señor es generoso, espléndido hasta el exceso, pero también es celoso de que la criatura no se levante con lo que le pertenece.

Actitudes frente a la enfermedad

Adherirse a la enfermedad. Algunos se adhieren a su enfermedad por miedo a abandonar sus muletas, los puntos de apoyo que tenían; o también por miedo a perder un medio de dominio, de ``chantaje`` o de dependencia frente a otros. Queremos ser sanados de nuestra enfermedad, pero en el fondo, quizá a nivel inconsciente, no queremos desprendernos de ella. Sanarme frecuentemente va a implicar un combate interior que comporta un sufrimiento porque nace de una adhesión de la que tengo que desprenderme. Es una muerte a mí mismo; un paso de una esclavitud a la libertad.

Quedarse en la superficie. En las marchas de sanación interior, algunos propenden a quedarse en la superficie; hacemos oraciones rápidas, permaneciendo en la superficie, quedándonos en los síntomas, sin jamás ayudar a tocar la raíz profunda de las heridas. El

problema se permanece limitado y se ve a personas ir de grupo en grupo de oración en oración, sin progresar. El Espíritu de Dios permite a cada uno ir hasta la raíz profunda y respeta el proceso psicológico natural de la sanación. Por su luz, el Señor descubre las heridas ocultas, que se resisten a ser descubiertas, las trae a la presencia de su amor paso a paso y nosotros no tenemos por qué precipitar las cosas, sino ir hasta donde el Señor quiere que vayamos. Si no se llega, a veces, a la raíz, se corre el peligro de contentarse con una terapia sintomática: viene a verte uno por un problema de enfermedad cualquiera, tú te contentas con prescribir medicamentos para los síntomas sin ir más lejos.

Un diagnóstico equivocado: Hace que pasemos al lado de la verdadera sanación. Del mismo modo que un médico se puede equivocar en el diagnóstico y no prescribir el tratamiento adecuado, también se puede discernir mal la verdadera necesidad de sanación que está detrás de los síntomas. Se corre el peligro de fijarse sobre un problema de ``liberación`` cuando se requería conducir a la persona más bien a un proceso de sanación interior e inversamente; puede acontecer esto mismo ante una sanación física que proviene, en primer término, de una sanación interior.

Pecado y falta de reconciliación

El amor de Dios, su misericordia está en lo más profundo de mí, fuente de sanación. Mientras no tomo conciencia de la necesidad de reconciliación en mí, permanezco limitado a mi curación. Hay diversos modos de reconciliación:

Reconciliación con Dios. Puedo tener en mí una falsa imagen de Dios que no me permite encontrar su paternidad. Tengo miedo de Dios, con una relación filial falseada, que me impide situarme verdaderamente como hijo. Por otra parte puedo estar en rebeldía porque *he ido cayendo en el pensamiento de que Dios era el responsable de la dificultad que viví, de mis sufrimientos o del de aquellos que amo.*

Reconciliación con los demás. En mi vida de relación he chocado con otros. He recibido heridas de otros. Esto hace que en ciertos momentos por temor busque defenderme y, entonces, muestro mis púas como los erizos o, al contrario, me repliego sobre mí mismo. Conservo rencores, amarguras, faltas de perdón que infectan mi vida de relación y me lleva a tales comportamientos. A veces, no he sabido perdonar a mis enemigos.

Reconciliación conmigo mismo. Es más difícil a veces, perdonarse a uno mismo que a los otros, y puede uno irse deslizando hasta llegar a formar su propia culpabilidad difuminando la de los demás. De hecho, en mi vida ciertos comportamientos de pecado me han hecho disminuirme a mis propios ojos; me he juzgado, condenado, ``culpabilizado``. Me resulta entonces difícil tener una relación sana y satisfactoria con los demás. Otros tienen dificultad en *admitir sus propios límites* y todos nosotros los tenemos sean físicos, psicológicos, intelectuales, espirituales. Ellos pueden ser fuente de celo y de envidia. Tenemos necesidad de reconciliarnos con nosotros mismos, porque tenemos falta de amor para con nosotros. El Señor nos dice ``Amarás a tu prójimo como a ti mismo``, nos invita a reconocer que somos pobres para amarnos como El nos ama y en esto está la dificultad de amar a los otros.

Los medios de sanación

Hay medios humanos y medios espirituales de sanación:

A nivel de medios humanos. Puedo rehusar pasar por los otros; pertenezco a un grupo, a una comunidad y en un momento me aísló por miedo de pobreza espiritual, de la verdad. Busco salir solo de mi situación, por orgullo, antes que pasar por el discernimiento, la

oración de los hermanos. No he comprendido que los otros son dones del Señor para mi sanación. Es el sacramento de los hermanos. Puedo también rehusar pasar por la medicina, los psicólogos que también son los instrumentos que el Señor puede utilizar para sanarme.

La cooperación del enfermo

A veces será dar un perdón, quizá la cooperación del enfermo se centre en abrirse e ir asimilando gradualmente la inmensa verdad del amor personal de Dios o de suscitar con su plegaria una fe más viva en el poder y el amor de Jesús que desea realizar su obra sanadora en él a su tiempo. La docilidad abarca incluso aspectos como secundarios, pero que en realidad no lo son: la docilidad en seguir las indicaciones que se le van sugiriendo a lo largo de la oración; orar, leer la Palabra de Dios... que sin duda, le aconsejarán como un modo de continuar la sanación después de terminada la oración. Leer cita de la página 144 acerca de la necesidad de integrar la presencia de Cristo a la vida de la persona enferma antes de gozar de los frutos de la sanación. Yo no puedo dejar de pasar por los medios naturales que me da el Señor para recuperar y conservar mi salud. Nuestros descuidos, abusos son fuentes de un buen número de enfermedades. Hay que comenzar por poner orden en la vida propia, respetar los ritmos de sueño, de descanso, de alimentación. A nivel de medios espirituales están:

La oración. Personal o comunitaria es el lugar donde aprendo a descentrarme de mí mismo y a mirar al Señor, quien me sana. Tiempos de alabanza, de adoración, tiempos de asambleas.

Los sacramentos. La Eucaristía, el sacramento de la Reconciliación, el sacramento de la Unción de los enfermos.

El acompañamiento. Caminar solo no es bueno para nadie. El acompañante será esta presencia fraternal que me ayuda a aprender a vivir en la libertad mi relación con el Señor y con los otros. Es importante, por consiguiente, poder proponer un acompañante a las personas por las que se ora.

La comunidad, llámese grupo de oración, comunidad de vida, congregación. En ella puedo vivir la obediencia, la autoridad, la elección de una misión común.

El tiempo.

Existe un momento para la sanación y el Señor nos conduce según su pedagogía llena de amor. Su sanación puede ser inmediata, puede suponer una dilación o aun ser progresiva. De todas maneras es importante sostener a las personas y explicarles que no hay que precipitar las cosas y permanecer en confianza. Hay que respetar el tiempo de convalecencia, caminar en la sanación con el tiempo, a medida que nuestra fe crece podemos abrirnos mejor a la sanación que el Señor da: Es un camino que se hace en el tiempo.

El ambiente.

El ambiente, sea social, familiar, profesional u otro puede ser un obstáculo a la sanación y cuando oramos por una persona, hay un tiempo para interceder por todo el contexto en el que vive esa persona, de modo que el Señor restaure también el contexto. A veces la sanación supone una ruptura con un ambiente, ruptura de ciertas relaciones, hábitos, costumbres, actividad. El itinerario de curación requiere como elemento indispensable, un ambiente propicio. La eficacia de una curación interior se puede perder por la

permanencia en el mismo ambiente en que se fue enfermando, por las circunstancias o por las personas que en él viven.

La comunidad orante.

También la misma comunidad puede ser un obstáculo a la sanación, sobre todo interior: Puede haber hecho un diagnóstico equivocado. Puede ser que no todos los que oran estén suficientemente sanos o en ``plenitud psíquica``, que fallen en el conocimiento de la enfermedad concreta que el enfermo padece.

Puede ser obstáculo el cómo haya que orar por esta persona, con esta enfermedad determinada; que no esté suficientemente preparada. Desde luego, el hecho de orar por ella con el corazón lleno de la compasión y del amor del Señor supone un gran beneficio para el enfermo; pero la acción del Espíritu, a través del carisma, se intensifica y hace más eficaz cuando oramos específicamente. Diríamos que como la medicina, cada enfermedad requiere un tratamiento, también en la sanación interior, sobre todo, no se puede aplicar el mismo modo, ordinariamente, a los diversos casos que se presenten. Ponemos lo mejor de nosotros, gracia del Señor, y nos remitimos a la eficacia de su intervención divina de sanación. La comunidad orante debe estar íntimamente unida al mismo Jesús y entre sí como pequeña iglesia enriquecida con una presencia especial del Señor y una actividad fuerte del Espíritu.

La comunidad orante puede ser un obstáculo a la curación por la precipitación o prisa con que actúa. Cuando se hace oración por una persona hay que darle el tiempo que discretamente requiera, sin abrumarla, aunque haya que emplearse varias sesiones.

El descuido o la omisión de que proceda la sanación espiritual.

Si realmente existiera algo en la persona que pide ser tratado ``espiritualmente``, sería un descuido y un desconocimiento básico no darle preferencia, en la medida de lo posible. El hecho clásico, es la negación voluntaria a perdonar, el odio. Entra en el campo de la dimensión espiritual, por más que tenga repercusiones psíquicas y aun físicas. Hay que abordar esta realidad con tacto y decisión según las condiciones en las que se halla la persona; prepararla a pasar por un itinerario de conversión, en la medida de lo posible y a un tratamiento por el sacramento de la reconciliación. Es fundamental darle a la dimensión espiritual la importancia y primacía que tiene.